

MANUEL GONZÁLEZ DE ÁVILA: *Semiótica. La experiencia del sentido a través del arte y la literatura*. Madrid: Abada, 2021, 283 páginas. ISBN: 978-84-17301-86-6.

Manuel González de Ávila, profesor titular de Teoría de la literatura en la Universidad de Salamanca, busca, a lo largo de este ensayo, aproximar los estudios semióticos al ámbito artístico-literario a través de un amplio recorrido por diferentes problemáticas relacionadas con la materia: determinar qué es el sentido y de qué manera lo construimos en el arte.

La reflexión sobre la semiótica y sus significaciones aparece estructurada en cinco apartados que ayudan a entender cómo opera esta disciplina en la literatura y otras disciplinas artísticas, como la pintura o el cine: en el primer capítulo, «Buscar el sentido», desarrolla la idea de sentido con sus diferentes acepciones, con la intención de justificar cómo en los estudios artísticos y literarios los investigadores tratan de generar redes de significado sobre las obras (aspectos comunes, estructuras, etc.) para comprenderlos mejor y encuadrarlos dentro de un espíritu colectivo en tanto que somos seres sociales. Estas taxonomías permiten que los diferentes estudios humanísticos no resulten arbitrarios (de hecho, en muchos de estos intentos de sistematizar las diferentes creaciones hay un claro afán de acercar las humanidades al ámbito científico-técnico). Además, señala también que, como sujetos de conocimiento, es muy complicado no verter nuestras propias experiencias sobre la interpretación de las obras, de modo que lo objetivo es, muchas veces, inalcanzable: somos «seres simbólicos». Concluye el autor que la semiótica debe concebirse como una teoría del conocimiento que puede estudiar cualquier disciplina, al igual que sucede con la filosofía.

En el capítulo titulado «Leer» se aborda la cuestión de la lectura especializada y la lectura natural; esta primera sería la conocida como «filologismo», que reduce los textos literarios a catálogos de estructuras y categorías (así lo versa la poeta Anne Carson: «[...] como saben muy bien, el objeto primero de la filología / es reducir todo placer textual / a un accidente de la historia»). El segundo tipo, la natural, sería aquella que se desarrolla culturalmente, en un espacio cotidiano: una lectura que proyecta el yo en el texto. Se trata, por tanto, de un acto puramente subjetivo, abstraído del mundo, y que genera diversas experiencias cognoscitivas:

aquello que el autor llama «contramundo de la lectura», opuesto al mundo físico desde el que leemos. Esto conduce a un proceso de semiotización sujeto-objeto: el «cuerpo-conciencia» genera una serie de significados dentro del mundo, dando lugar a un campo de discurso. Se daría, por lo tanto, una interrelación de las palabras con las cosas, del mundo semiótico del lenguaje con el de la realidad: así es como se produce el acto de la lectura, desde un mundo real –lo que es– hacia diversas categorías (virtuales –lo que puede ser–, actuales –lo que está a punto de ser– y potenciales –lo que una vez fue y puede devenir en virtual–).

Tras esto, el autor pasa a comentar la cuestión de la inmanencia del texto: es decir, cómo este genera sobre sí mismo los propios códigos que nos permiten decodificarlo (algo similar a los conceptos de autor y lector implícitos que propone Umberto Eco en *Seis paseos por los bosques narrativos*). Además, hace énfasis en la importancia de la mimesis en el proceso de lectura: el lector se mimetiza en el texto, creando una co-construcción semiótica de este gracias a la confianza depositada en el autor del mismo. Dicha confianza, señala el investigador, es a veces reforzada por estrategias literarias y metaliterarias como la *captatio benevolentiae*. González de Ávila trata de huir, con estas anotaciones, del famoso axioma literario que considera al lector como un ente libre en sus infinitas interpretaciones de las obras.

En «Contemplar, saber, decir» se aborda la cuestión de la imagen (el ojo, la visión) como elemento fundamental en el conocimiento del mundo: un símbolo, modo de aproximación ontológica que se tambalea en la actualidad con las representaciones visuales distorsionadas.

Por otro lado, señala la distancia que existe entre las sensaciones y percepciones y la necesidad de categorizarlas; aquel sería un acto previo a este que puede hacerse, por ejemplo, de modo verbal. Señala cómo varios artistas (poetas, pintores) consideran tajantemente distinto el mundo de las imágenes del mundo verbal: es trabajo de la semiótica señalar que el sentido abarca todos estos ámbitos. No obstante, las imágenes también convierten el sentido en significado, aunque menos preciso; de esta manera, tienen un comportamiento similar al de los símbolos verbales, aunque operen con otra materia (como ejemplo, el investigador señala las representaciones pictóricas en las piedras del *homo sapiens*,

incluso el origen de nuestro alfabeto antes de ser transportador de sonidos de las lenguas naturales).

Esta relación entre lo verbal y la imagen se sigue dando en el arte a lo largo del tiempo. Así se puede ver cómo movimientos pictóricos románticos también buscaron sus propias metáforas visuales para hablar de lo que trataban las obras literarias de la época: por ejemplo, se representaban individuos claramente delimitados dentro de un paraje natural embavecido, realizando así una exaltación del yo. Esta relación entre la imagen y el lenguaje alcanza su punto álgido con la écfrasis como representación verbal de una figura visual.

En «Ser, vivir» se desarrolla la idea en torno a lo imperfecto del mundo; la imposibilidad de conocer la realidad en que vivimos, según el autor, puede verse reflejada en obras pictóricas (por ejemplo, las creadas por Francis Bacon) y también dentro del ámbito religioso, con figuras tales como la de San Agustín. Esta inquietud del ser humano, este estado de desasosiego ante lo caótico de la realidad, es precisamente lo que lo empuja hacia una taxonomía del mundo, hacia el equilibrio. Tanto San Agustín como su discípulo Rousseau señalan, a través de sus escritos, una unión entre el sentido que le conferimos al mundo y la idea de verdad, que nos dirigen hacia el concepto de lo auténtico.

Tras estas disquisiciones, González de Ávila reflexiona sobre la relación que se establece entre la llamada «alta cultura» y la sociedad: en la actualidad, apunta, las artes y las humanidades se encuentran tan relegadas y han perdido de tal modo los apoyos institucionales que ya no sirven, apenas, como elemento de distinción.

El libro se cierra con el capítulo «Pensar el sentido», en el que se reflexiona acerca de cómo la semiótica, siendo una disciplina de hace miles de años, cobra especial importancia en la actualidad, con varias novedades: ha pasado del estudio de los signos y los textos a ir más allá y abarcar también los objetos, las prácticas y las formas de vida.

Aborda, después, el debate que siempre atañe a las disciplinas humanísticas: ¿es la semiótica una ciencia o una rama más de la filosofía? Apunta el estudioso cómo esta completa sus argumentos mezclando el ámbito sociológico y el de las ciencias formales y naturales, para producir una hibridación; señala, no obstante, cómo parte de los teóricos

suelen envolverla en el campo de la antropología. González de Ávila defiende una semiótica universalista e interdisciplinar ya que el sentido es algo transversal que no puede mirarse desde un único ángulo, pero sin olvidar su epistemología lingüística.

Semiótica es un ensayo que no se limita a servir de mero manual de la disciplina homónima; González de Ávila abre la posibilidad de nuevos estudios en este ámbito gracias a su concepción transversal de la misma: la búsqueda de sentido, por lo tanto, no quedaría relegada a lo humanístico.

Laura RODRÍGUEZ RAMOS
IES Marqués de Casariego (Tapia de Casariego)
laurarram96@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-4750-3866>